

Oración del Domingo

Saludo inicial.

Que nuestro Señor en su Santo Traslado y María, nuestra Señora de la Soledad, nos acompañen en este día grande, que este año hemos de celebrar reclusos en nuestros hogares. Le pedimos hoy especialmente a Jesucristo que tenga piedad de todos nosotros, que escuche nuestras súplicas y nos dé esperanza en este momento de crisis, para que sepamos hacer lo correcto y animar la esperanza de los que nos rodean, especialmente de los más débiles y abatidos. **Amén.**

Del Evangelio según San Juan.

En aquel tiempo, al pasar, vio Jesús a un hombre ciego de nacimiento. Escupió en la tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego, y le dijo: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado)». Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban: «¿No es ese el que se sentaba a pedir?». Unos decían: «El mismo». Otros decían: «No es él, pero se le parece». Él respondía: «Soy yo».

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó: «Me puso barro en los ojos, me lavé y veo». Algunos de los fariseos comentaban: «Este hombre no viene de Dios, porque

no guarda el sábadó». Otros replicaban: «¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?». Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego: «Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?». Él contestó: «Que es un profeta». Le replicaron: «Has nacido completamente empecatado, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?». Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo: «¿Crees tú en el Hijo del hombre?». Él contestó: «¿Y quién es, Señor, para que crea en él?». Jesús le dijo: «Lo estás viendo: el que te está hablando, ese es». Él dijo: «Creo, Señor». Y se postró ante él.

Reflexión-homilía.

(De Llamas, J.M., director espiritual de la Hermandad)

En el Evangelio de hoy tenemos un signo que nos recuerda nuestro Bautismo: el Señor cura nuestra ceguera, y nos da la luz para que aprendamos a mirar con sus ojos. Veamos qué nos enseña su mirada y la del ciego de nacimiento.

La mirada de los fariseos. Jesús cura a varios ciegos a lo largo de los Evangelios, pero este tiene algo muy particular: nunca había visto. Era ciego de nacimiento, y los fariseos lo señalaban preguntándose “si había hecho algo malo él o sus padres, para nacer así”. A veces también nosotros señalamos a los demás, especialmente a quienes nos caen peor o a quienes creemos que no son tan “dignos” como nosotros. El Señor hoy nos enseña que esta manera de mirar y de actuar es absolutamente contraria a Él y, en consecuencia, que no podemos ser cristianos y mirar así: poniéndonos nosotros en el lugar de “los buenos” y mirando a los demás “desde arriba”,

despreciándolos o cargándoles fardos pesados que nosotros no somos capaces de mover ni con un dedo (cf. Mt. 23, 4).

Pero el centro del Evangelio de hoy no es esta mirada, que debemos evitar, sino **dos miradas que debemos aprender**: la de Jesús, y la del ciego. Fijarnos en ellos para encontrar un hilo cálido y esperanzador. Rezar unos momentos delante de Dios, siendo conscientes de que nuestro Bautismo nos ha regalado la misma mirada del Señor.

La mirada de Jesús. Hoy distinguimos dos cualidades que nos ayudarán a vivir este tiempo duro, de pandemia y reclusión, con sus ojos: unos ojos **libres** y **misericordiosos**. Al Señor le da igual que sea *Sabbath*, “día prohibido” para curar: las personas están por encima de las leyes. Jesús es libre porque su voluntad es hacer el bien: porque su corazón, que se entrega hasta más allá del límite de la vida, vive para descender hasta los sufrimientos de los últimos, para recuperar a aquellos que parece imposible, para entregarse sin medida. Y en la imagen que veneramos nos ha mostrado especialmente que no tiene medida: se entrega hasta la muerte y el sepulcro. Nadie nos podrá decir que “*tenemos un Dios que no se preocupa del ser humano*”, porque nosotros lo vemos traspasado, después de haber derramado hasta la última gota de sangre, camino del entierro en un sepulcro que ni siquiera es suyo.

Este tiene que ser nuestro latido como pueblo, y estos tienen que ser los ojos que nos enseñen a mirar. Por eso, echemos un vistazo a un rasgo que me parece fundamental de **la mirada del ciego de nacimiento**: la novedad. Para él todo era nuevo. Podemos imaginar durante unos instantes cómo serían sus

sensaciones: la primera vez que se dio cuenta de los colores, que pudo ser consciente de los rostros, de las formas, de lo que significaba una sonrisa o una mirada de amor, del color del cielo y de la visión de la brisa entre las hojas de los árboles... Nosotros estamos tan acostumbrados a “tenerlo todo” que, muchas veces, nos hacemos duros, y dejamos de sorprendernos ante la belleza de la vida. Cuando llega un momento de crisis profunda como el que estamos viviendo y vamos a vivir, podemos descubrir, de repente, lo que nos falta, y valorar lo fundamental.

Dejémonos guiar por el ciego de nacimiento para llegar hasta Jesús y postrarnos delante de Él, para decirle «*Creo, Señor*» y pedirle que nos dé una mirada nueva, para seguirlo y que sean sus pasos de misericordia y de libertad los que animen nuestro caminar en estos tiempos duros. Y pidamos a su madre, Nuestra Señora de la Soledad, que nos haga compartir el dolor de nuestros hermanos más pobres y débiles: que sus lágrimas sean las nuestras, para que podamos anunciarles que El que nos acompaña hasta el sepulcro nos abre las puertas de la Vida con su resurrección.

Peticiones.

- Te pedimos, Señor, hoy especialmente por todos los enfermos. Los que se han contagiado de Coronavirus, y los que padecen otro tipo de enfermedad. Los ponemos en tus manos a ellos, para que no pierdan la esperanza y se encuentren con tu mano misericordiosa; y también a todo el personal sanitario, para que no pierda la esperanza ni la resistencia. *Rogemos al Señor.*

- Te pedimos, Señor, por todos aquellos que están faltos de esperanza. Para que María, Nuestra Señora de la Soledad, les ayude a recobrar el impulso que necesitan en estos tiempos duros que nos toca vivir. *Roguemos al Señor.*

- Te pedimos, Señor, por todas las personas y las familias que más van a sufrir las consecuencias sociales, culturales y económicas de esta pandemia. Dales tu luz, y a nosotros haznos gastarnos en el servicio a los que más lo necesitan. *Roguemos al Señor.*

- Te pedimos, Señor, por nuestros gobernantes. Para que dejen de mirarse a sí mismos y sus intereses partidistas e ideológicos, y se preocupen del pueblo que sufre. *Roguemos al Señor.*

- Te pedimos, Señor, por todos los difuntos. Hoy ponemos especialmente en tus manos a todos aquellos que están muriendo como consecuencia de esta pandemia. Acógelos en tu seno, junto a todos los santos, en el banquete celestial. *Roguemos al Señor.*

Alma de Cristo (San Ignacio de Loyola).

Alma de Cristo, santifícame.

Cuerpo de Cristo, sálvame.

Sangre de Cristo, embriágame.

Agua del costado de Cristo, lávame.

Pasión de Cristo, confórtame.

¡Oh, buen Jesús, óyeme!

Dentro de tus llagas, escóndeme.

No permitas que me aparte de Ti.

Del enemigo malo defiéndeme.

En la hora de mi muerte, llámame.

Y mándame ir a Ti,

para que con tus santos te alabe

por los siglos de los siglos. Amén.

Oración a Nuestra Señora.

Nos ponemos también en las manos de María, Nuestra Señora de la Soledad. Sus manos abiertas acogen a todos aquellos que tienen alguna dificultad. Le pedimos a ella que ruegue por nosotros, para que no perdamos la esperanza y podamos insuflar ánimo a los que nos rodean, especialmente a todos aquellos que caen víctimas de esta pandemia y sus consecuencias. Acudimos a ella con el ***Bajo tu Protección***, la oración mariana más antigua de la historia de la Iglesia.

Bajo tu protección nos acogemos,

Santa Madre de Dios.

No desoigas las plegarias que te presentamos

en nuestras necesidades,

antes bien, líbranos siempre de todo peligro:

¡oh Virgen gloriosa y bendita!

Oración final.

Oh, Señor, tú que has querido ser trasladado hasta la soledad fría del sepulcro, y has descendido hasta los infiernos para recuperar al ser humano caído, ten piedad de nosotros, que necesitamos tu mano abierta y acogedora. Por Jesucristo, nuestro Señor. ***Amén.***